

## Carlos Pellicer, constancia y fe.<sup>1</sup>

Lucía Rivadeneyra<sup>2</sup>

Ojos que nada ven, almas que nada entregan.  
**Carlos Pellicer**

Quizá tendría unos siete años, cuando vi a mi abuelo Luis entrar a su casa con un gran ramo de flores para mi abuela. Me acerqué a olerlas y mientras disfrutaba de su aroma, él dijo: “Aquí no suceden cosas / de mayor trascendencia que las rosas”. Me quedé casi inmóvil y agregé: “es un verso del poeta Carlos Pellicer”. Como siempre la casa se iluminó con las rosas y las palabras. Poco tiempo después me leyó “Discurso por las flores” y me habló con entusiasmo de los nacimientos que ese mismo poeta montaba cada año, en su casa en las Lomas de Chapultepec.

Con el paso de los años el acercamiento a Carlos Pellicer, el poeta que nació en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco en enero de 1897 y murió en la Ciudad de México en febrero de 1977, se dio casi de manera natural. Siempre me ha sorprendido su capacidad para aprehender la naturaleza. Su humildad ante ella y su deslumbramiento cotidiano ante amaneceres, ríos, mares, árboles, piedras, personajes. Si hay cuatro elementos de la naturaleza: agua, aire, fuego y tierra, él sería el quinto porque logra aprehenderlos y hacerlos poesía en la vivencia cotidiana.

Además, la naturaleza tuvo a bien mandarlo al mundo en una época irrepetible,

<sup>1</sup> Una primera versión de este texto fue leída en el XIV Encuentro Iberoamericano de Poesía Carlos Pellicer, noviembre de 2017.

<sup>2</sup> Licenciada en Ciencias de la Comunicación, escritora y profesora de periodismo y literatura en UNAM.

en donde grandes personajes de la historia coincidieron. Haber trabajado con José Vasconcelos en aquel proyecto de educación prácticamente único, no fue poca cosa. Era un momento en el que la Historia y la geografía eran importantes. La época en la que una persona con la primaria terminada tenía mejor ortografía, que la que hoy en día tienen algunos estudiantes universitarios, incluso de posgrado. Llevar la poesía a los lugares más domésticos era un logro maravilloso. Él lo logró.

Debe haber sido maravilloso vivir en una etapa donde florecían personajes como Daniel Cosío Villegas, Diego Rivera, Gabriela Mistral, José Clemente Orozco, Alfonso Reyes, el Dr. Atl, Frida Kahlo, entre muchos más; de hecho su relación con la pintora era entrañable. Hace décadas, leí en una revista de la Universidad de Tabasco, una carta que Pellicer le escribió a Frida, como si todavía viviera, luego de haber sido el encargado de la museografía de su casa en Coyoacán. De hecho, fue de los primeros mexicanos en desarrollar esta actividad. Tuvo también debilidad por el arte prehispánico y se le encomendó la labor respectiva en el Museo Anahuacalli. De igual forma, reestructuró el Museo Regional de Tabasco, que lleva su nombre y diseñó el extraordinario Parque-Museo de la Venta, con una colección sensacional de cabezas olmecas. La flora y la fauna van por cuenta de Villahermosa. Seguramente Frida y su museógrafo se volverían a morir si vieran en lo que han convertido a la famosa Casa Azul; ya no digamos nada acerca de la comercialización de su imagen y su obra, que ha sido llevada a límites insospechados, como utilizar el rostro de la artista en la envoltura de toallas sanitarias.

Cuando leo las dedicatorias de muchos de sus poemas y reflexiones sobre quiénes eran los personajes que tuvieron tal distinción, me deprimó; porque en estas épocas es difícil, no imposible, que haya políticos o seres del tamaño de Morelos, Juárez, Justo Sierra, José Martí; o algunos artistas como Rufino Tamayo, Juventino Rosas, Efraín Huerta, Juan Ramón Jiménez, Carlos Chávez, Daniel Cosío Villegas o Ramón López Velarde, de quien comenta: “joven poeta insigne, muerto hace tres lunas en la gracia de Cristo”. Asimismo, fue capaz de escribir poemas al Mar Jónico, a Machu Picchu, a Río de Janeiro y también a Tlalpujahua, Atenas o Zapotlán.

El tabasqueño gozó la naturaleza, sus aromas, sus colores, sus intensidades; lo vio todo y lo entregó todo porque el que entrega sus palabras, entrega el aliento. Fue un gran viajero. Cuando tenía 25 años empezó a viajar por América Latina. Debe haber estado de acuerdo con su amigo José Vasconcelos, quien decía: “un viaje se empieza con inquietud y se termina con melancolía”. El tabasqueño logró estar en decenas de lugares; algunos muy lejanos, sobre todo hace más de 100 años, como Palestina, Chipre o la antigua Constantinopla. Sobre ésta, hoy Estambul, dice en algunos de sus versos, en 1926:

*La ciudad perfumada de café,  
se embarca en el Bósforo  
rumbo a los libros y el quinqué  
familiar de los días de oro.*

*Y entre la media noche de la bruma,  
la luna con su girasol disecado,  
cruzaba el Cuerno de Oro con el agua al tobillo  
y un aire melancólico de pañuelo olvidado.*

Es preciso citar algunos versos que bien vale la pena aprenderse de memoria, para traerlos encima todo el tiempo y a la menor provocación repetirlos, saborearlos, promoverlos. Me impacta cuando afirma, en el poema “Hondo canto del desierto”:

*Como si acariciara una esfera,  
me doy cuenta de lo que estoy escribiendo.  
El ritmo sale  
naturalmente de sus hormigueros  
y ferrocarrilea sobre el papel  
para dirigirme la palabra.  
El tiempo  
está despoblando el cerebro.*

En Piedra de sacrificios escribe:

...  
*Es claro  
me gusta más Veracruz  
que Curazao.  
Aquí llega la primavera  
en buque de vapor  
y allá en barco de madera.  
Y con la primavera  
el amor.  
Mi baúl está lleno de huellas  
de Nueva York  
de Colombia y de Venezuela.  
Dulce melancolía de viajar...*

No tengo duda que Carlos Pellicer es la naturaleza por antonomasia. Él y su poesía son la noche y el amanecer, el paisaje y la tierra, el rezo y el árbol, el mar y la alcoba. Es un poeta místico, pero terrenal. De diversas maneras, la presencia de Dios es palpable en su obra. Hay un poema que, independientemente de si se es creyente o no, puede conmover porque habla de un espacio-tiempo que refleja la formación de la gente que había crecido en ciudades pequeñas del país; por ejemplo, cuando había un horario para rezar. Aquí, un fragmento de “Nocturno a mi madre”: